

ARTES PLÁSTICAS.Por Luis de Soto y Sagarra.

14

El arte de Occidente en la primer mitad del siglo XX se caracteriza por una total renovación, un cambio radical de conceptos y modos de expresión que se traducen en la serie de "ismos" bajo cuyos nombres la Historia del Arte agrupa tendencias que representan las diversas soluciones dadas al problema de la creación plástica.

En relación con Cuba, el cuadro que ofrece el arte vernáculo en el transcurso de estos diez lustros, que constituyen nuestra edad como pueblo independiente, pudiera concretarse en dos frases: franca incorporación a las nuevas corrientes, y expresiones individuales que imparten caracteres distintivos a nuestra producción, conquistándole un lugar destacado en el panorama artístico del Hemisferio Occidental.

La Arquitectura, tras las etapas de ascendencia hispanomorisca, barroca y neoclásica que caracterizaron la época colonial, bajo influencias diversas explicables por ~~la~~ situación geográfica de Cuba y su nueva condición política al independizarse de la Metrópoli, es al principio un variado conjunto de estilos y tendencias procedentes de Europa y América. Salvo la manifestación Art nouveau, venida por la vía catalana, las otras influencias tendían a alejar nuestro arte constructivo de la tradición española imperante en los tiempos de la colonia.

Lo francés -que en lo que atañe a mobiliario y ornato de interiores siempre fué del agrado cubano- inspira edificios, compartiendo con modelos renacentistas italianos e ingleses la primacía estilística. No fueron éstos, sin embargo, los únicos patrones europeos bajo cuyos dictados se erigieron ^{obras} edificios, especialmente residencias privadas ~~exigidas~~ construídas en los sectores suburbanos de nuestras ciudades, sobre todo la Habana. Hubo casas cuyos tejados inclinados recordaban las edificaciones nórdicas, sin que faltara alguna reminiscencia arqueológica de matiz gótico ni el inevitable clasicismo, por aquel entonces considerado todavía como el canon estético ideal para los edificios públicos.

Tras nuestros arquitectos graduados en Europa vinieron otros que habían estudiado en los Estados Unidos y comienzan a aparecer, junto a las villas de sabor europeo, los cottages de tipo americano.

A este período, en que nuestra arquitectura es un muestrario de estilos y tendencias importadas, sigue la etapa más reciente y de mayor importancia en que se opera la renovación del arte constructivo cubano.

Aquí, como en todos los países de América, se abren dos sendas ante la concepción del arquitecto, ambas innovadoras, pero entre las cuales la diferencia estriba en el predominio del factor nacional o del internacional. El término, tan usual, "funcionalismo", no puede servir de módulo diferencial ya que ambas actitudes responden a una preocupación básica en que la obra responda a su destino de uso; por ello resulta más adecuado acudir a los factores estilísticos operantes donde radica la esencia distintiva de cada una de las orientaciones citadas.

La "nacionalista" tiende a aprovechar lo aprovechable de nuestra tradición arquitectónica, pero sin limitarse a copiar, sino con un criterio moderno y "funcional". Así surge aquí el "neo-cubano", hijo del mismo tronco que engendrara el "neo-criollo" argentino, el "neoperuano" y tendencias análogas en los otros países de la América Hermana. El peligro de esta tendencia radica en que se tome lo adventicio ornamental como típico, en vez de mantener la tradición tan sólo en aquello que fué esencial en nuestra arquitectura de ayer, y que, por serlo, implica adaptación a condiciones mesológicas que tienen vigencia actual y que, por tanto, ahora como entonces responde a la función del edificio que el arquitecto no puede perder de vista. Afortunadamente entre nosotros ^{hay} notables arquitectos que lo han comprendido así y, por eso, sus obras de este tipo no han caído en el XpasticheX ni pueden ser tachadas de esfuerzos arqueológicos rotulados como "neo-estilo", con la endeblez característica de toda ~~xx~~ exhumación artística que pretende hacer nuevo lo que fué.

La otra tendencia que, en contraste con ésta, he llamado "internacionalista" sitúa nuestra arquitectura en el plano de vanguardia del arte universal que responde al lema: nuevas necesidades, nuevos medios y tipos constructivos nuevos. Esas necesidades, producto de las condiciones de la vida moderna, esos medios constructivos comunes a todos los pueblos de análogo nivel en el orden del progreso y la civilización, cuyo resultado es un nuevo enfoque del problema constructivo y, por ende, su realización en formas nuevas, no son

privativos de un determinado país sino que tienen alcance universal. Por eso algunos han acuñado el término "internacional" para denominar esta modalidad estilística de la arquitectura contemporánea.

Sin embargo, no obstante las analogías del problema en diferentes pueblos, cada latitud tiene sus imperativos mesológicos, dando a este término su máxima amplitud, que incluye todos los factores, de orden espiritual y material que integran la tradición, la idiosincrasia, el ambiente, la vida y las costumbres de cada país.

La gran tarea que ~~enfrentan~~^{enfrentan} nuestros arquitectos es la de crear a tono con los requerimientos de la época y de las condiciones específicas de la Cuba de hoy; no se trata de copiar o adaptar a los problemas constructivos nacionales soluciones felizmente logradas en otras partes; no es, en suma, un asunto de erudición arquitectónica, sino de poder creador.

Así lo entienden y practican los arquitectos cubanos y las nuevas promociones, formadas aquí o en el extranjero, se aplican con sinceridad y entusiasmo, lo mismo que los de la generación precedente animada del mismo espíritu, a la tarea de hacer que la nueva arquitectura de Cuba corresponda a las demandas actuales de la vida cubana. En esta senda nuestros arquitectos no han quedado a la zaga y forman en la vanguardia de América que está creando, en materiales plásticos, un mundo nuevo que es la expresión artística del Nuevo Mundo.

La apretada síntesis que exige el marco de una breve reseña como ésta impide citar nombres que, dado el número de los artistas que están realizando nuestra renovación arquitectónica, supondría volcar en estas páginas el Directorio del Colegio Nacional de Arquitectos. Para subsanar esta omisión prefiero referirme a dos obras donde el lector interesado puede encontrar las datos que aquí faltan: La Habana actual, del Prof. Pedro Martínez Inclán y La Arquitectura Cubana Contemporánea, del Prof. Joaquín E. Weiss. Entre la publicación de una y otra mediaron casi ^{treinta} 30 años, durante los cuales se ha verificado la radical evolución de nuestra arquitectura, cuyos movimientos iniciales recogió ~~la~~ en su libro Martínez Inclán y cuyos productos más recientes registra la obra de Weiss.

La Escultura, que por varias razones no ha alcanzado en otros países de América un rango comparable en calidad y número de sus realizaciones a las de la Pintura, ha descrito entre

nosotros una brillante trayectoria que, arrancando de las primeras manifestaciones, de un ^{a importancia} interés relativo -vistas en el conjunto de nuestra historia artística- llega a la producción actual, tan llena de interés.

El camino seguido por los escultores cubanos desde los tiempos de Miguel Melero hasta la fecha está sembrada de hitos que señalan una ruta, sin desmayos, hacia adelante y hacia arriba. Entre los primeros, cronológicamente, se destaca José de Vilalta Saavedra, autor de monumentos bien conocidos que se alzan en la capital de la República (Martí, Albear, Estudiantes de 1871) que nos muestran una escultura cubana sólo en la temática, pero que es, técnicamente, un mero brote transatlántico del arte europeo finisecular y de comienzos de la centuria en curso.

Aurelio Melero y sus discípulos marcan una nueva jornada en la que ya despunta la inquietud renovadora. Todos los matices de la escultura romántica tienen cultivadores en Cuba, que llevan al monumento conmemorativo, a la figura, al retrato esa actitud estética pasada por el tamiz de su temperamento personal.

Del extenso catálogo de nombres representativos de esa época tomaré sólo dos que encarnan ~~dos~~ ~~actitud~~ modos personales e igualmente interesantes vistos en un enfoque panorámico como el presente: Carlos Era y Lucía V. Bacardí, exponentes en Cuba del realismo emotivo enraizado en la mejor tradición española y del sentido expresivo impresionista rodiniano, respectivamente.

Juan José Sicre marca un momento crucial y definitivo en la evolución de la escultura nuestra de la era republicana. Las etapas o fases de su producción trazan la trayectoria del artista en que ha repercutido, aunque siempre con un tono personal, el movimiento incesante de la vanguardia europea.

Sicre maestro, tiene en su haber lo que constituye el mejor timbre de gloria de quien imparte la docencia artística: la formación de algunos de nuestros más recientes y destacados escultores.

Ramos Blanco, Ernesto Navarro y Rita Longa son tres representantes -cada cual con una individualidad bien definida- de esa búsqueda ~~incesante~~ constante que, dentro de una actitud genérica expresionista, va, en la realización plástica, de la representación objetiva al subjetivismo abstraccionista.

En otra dirección se encamina el grupo que encabeza Alfredo Lozano, grupo numeroso, joven y lleno de vigor, en cuyas filas se destacan nombres bien conocidos: Julio Girona, Rodolfo Tardo, Nuñez Booth,

*Sin pasiva
y sub-
rayado
tachado*

PATRIMONIO DOCUMENTAL

Eugenio Rodríguez, Rolando Gutiérrez, Ernesto González Jerez y Marta Arjona.

(Aparte)

La Sección de Escultura del V Salón Nacional celebrado el verano pasado ~~mostró~~^{tuvo} -aparte la varia calidad estética de las obras expuestas- un alto valor sintomático de los derroteros actuales del arte de la forma en nuestro medio, seguidos por los escultores cubanos, ya consagrados unos, figuras nuevas otras, y todos, por igual interesantes, considerada su producción en conjunto.

Sin sucesiva los sub-rayados tallados

En el proceso formal que va de lo objetivo realista al subjetivismo abstracto había allí obras representativas de todas las actitudes estéticas: una Figura (talla en madera) de Florencio Gelabert y una Ninfa de Domingo Ravenet, quien, dando reposo a los pinceles, hoy labora entusiasta en el campo escultórico; como envío de Ramos Blanco un interesante ensayo de escultura "colorista" que marca un nuevo aspecto en la multiforme producción del artista; Circe de Francisco Antigua, en la línea de la simplificación cubista; Ulises de Ernesto González Jerez, de vigoroso sentido arcaizante y realizado con la nueva técnica del acero directo al oxiacetileno; una talla en piedra de capellanía de concepción masivista, obra de Israel Córdova y, respondiendo a la misma actitud estética, Mujer reclinada de Nuñez Booth. Un grupo (talla directa en piedra) nos muestra a Juan Esnard en la senda del racionalismo escultórico; dos valiosos envíos de Lozano dentro de la tendencia expresionista del cubismo vía esquematización; Mujer con cántaro de Ernesto Navarro, de un refinamiento decorativista lleno de gracia y, también de contenido ornamental, Génesis de Jilma Madera. Una talla en madera de Raquel Aguirregaviria responde al concepto estético de la estilización, que alcanza una nota vigorosa en las obras enviadas por Roberto Estopiñán. La dirección abstraccionista tenía como exponentes las obras de dos escultoras, Lucía Alvarez y María Miyares, en tanto que los envíos de Rodolfo Tardo, Eugenio Rodríguez, Rolando Gutiérrez y Enrique Moret representaban el concepto de la escultura entendida como organización de volúmenes en el espacio utilizado, a su vez, como elemento de valor plástico en la composición.

Ismael Fernández, Juan López Conde y Arturo Martín García, en obras expresivas de un concepto realista del arte de la forma, completaban el conjunto de envíos al referido Salón que -no obstante la ausencia de algunos de nuestros más connotados escultores- ofrecía una muestra del variado panorama que hoy presenta la escultura cubana.

En las líneas precedentes no he pretendido hacer ni una historia de la escultura nuestra ni un catálogo de todos sus cultivadores, sino de destacar, en el decurso de los cincuenta años de nuestra vida republicana, directrices y nombres representativos. Lo dicho basta para apreciar que no hay exageración al decir que, en el campo escultórico, la cosecha cubana ha sido rica. En pocos años un grupo de artistas, de los cuales algunos están en su etapa de madurez, otros en plena juventud, ha escrito, en la historia del arte cubano, uno de los capítulos más sugestivos y llenos de interés, precisamente en el terreno de aquella expresión plástica que, generalmente, ha quedado en otras partes en plano subalterno al de sus artes congéneres del espacio y el color.

Es en el sector de la pintura donde se han librado las grandes batallas del arte nuevo y en el que, con rapidez vertiginosa, se han sucedido, chocando en constante pugna, modos de expresión diferentes.

Hay un denominador común en casi todas las tendencias que se debaten en el campo pictórico: el deliberado propósito de no imitar a la naturaleza. El siglo XX se inicia con un cambio radical en el rumbo del convoy del arte, que corre sobre rieles muy diferentes entre sí, pero disparados hacia una meta común, la expresión creadora vía pigmento. Esos rieles se llaman Cúbismo, Futurismo, Expresionismo.... "ismos" que constituyen la complicada trama del arte pictórico actual. Sobre ella, a veces, vemos que se "dibujan" formas representativas, que no son, sin embargo, retrocesos ni "renacimientos", imposibles en arte. Me refiero a esas tendencias que parecen volver al ideal tradicionalista de reproducir sobre el lienzo o el muro la realidad del mundo objetivo. Unas veces incluídas bajo el rubro general de "neo-realismo" o nueva objetividad, otras veces bajo denominaciones específicas, como Surrealismo, Activismo, Puerilismo, son siempre algo esencialmente distinto, en contenido, asunto y aún en forma, del realismo mimético y especular de antaño. Bastaría citar los nombres de Salvador Dalí, en la pintura europea, y el de José Clemente Orozco, en la pintura americana, para apreciar, al punto, la distancia que separa sus producciones de "formas reconocibles" de aquel verismo que llevó al mundo del arte una reproducción del mundo de la realidad, desde los frescos de Pompeya hasta las "imprisiones" de la escuela pictórica francesa con que se cierra el siglo XIX.



Agencia

Cuba, cuyo alborear a la vida independiente tiene lugar precisamente en ese orto magnífico de la pintura nueva, saltó, como niño sano y vigoroso, de la cuna colonial -en que la arrullaron los cantos tradicionales europeos- para correr, sin andadores ni trabas, por todos los caminos tendidos hacia esos horizontes continuamente abiertos y ensanchados.

Por eso en su juventud, que es nuestro arte de hoy, puede ofrecernos un campo de cultivo ubérrimo y variado, lleno de savia, rebosante de fuerza, y un favorable saldo que, al incorporarla al movimiento universal del arte, le asigna, por virtud de sus realizaciones, un puesto honroso en la vanguardia artística de América.

En ocasión anterior, en un ensayo de organización generacional del proceso de la pintura nuestra, agrupé a los pintores cubanos por promociones artísticas que, a tono con la edad de sus componentes y las circunstancias de su formación y ambiente respectivos, han ido señalando las etapas de ~~la~~^{la} evolución pictórica de Cuba.

Sin pretender reproducir lo dicho en mi Esquema para una indagación estilística de la Pintura moderna cubana me limitaré a señalar las promociones de artistas allí consideradas.

Una primera generación, la de comienzos de siglo, al instaurarse la República, está representada por un grupo de artistas bien conocidos y de sólidos prestigios: Antonio Rodríguez Morey, Eugenio G. Oliyera, Isabel Chappotin, María Ariza, Concepción Ferrant, Juan E. Hernández Giro, Pastor Argudín, Rafael Blanco, José Hurtado de Mendoza, Jaime Valls, Esteban Domenech, Aurelio Melero, Antonio Sánchez Araujo, José Bencomo Mena... y tantos más que, tras las figuras finiseculares de Romafnach, Tejada y Menocal, son los representantes, en Cuba, de la tradición heredada del siglo precedente, tradición que en su arte, personal y de sentimiento cubano, adquiere en ~~el arte de~~ cada uno de ellos modalidades individuales nuevas y cierto incipiente carácter nacional.

La generación del año 1925, aparte los valores intrínsecos de sus componentes, marca un jalón transcendental en el decurso de nuestra historia artística: la ruptura definitiva con la tradición, la escisión en dos bandos de los artistas cubanos que, desde entonces, militan en dos campos antagónicos: el de los tradicionalistas y el de los innovadores.

Sin saber si esto conviene no cursing

En ambos encontramos figuras de relieve como lo prueba la simple mención de sus nombres, entre los que se cuentan los de Eduardo Abela, Fidelio Ponce de León, Alberto Peña, Amelia Peláez, Víctor Manuel García, muy diferentes entre sí, recias personalidades de acentuado carácter individual, pero aunados en la labor común de abrir y fecundar nuevos surcos artísticos. En el campo contrario, Esteban Valderrama, Gerardo Tejedor, Manuel Mantilla, Manuel Vega, María Capdevila, Ramón Estalella, Domingo Ramos, Armando Maribona, Ramón Loy, Luis Fernández Morrell, pertenecientes a la misma generación, pero con un concepto estético de la pintura distinto ~~da~~ al de sus coetáneos mencionados y, en cada uno de los cuales hallamos una modalidad personal característica. Unos y otros completan el extenso elenco cuyo desarrollo implicaría la historia de una de las etapas más fecundas en los anales de la pintura cubana.

Otros artistas, nacidos en los primeros años del siglo en curso, producían ya en 1925, época de su primera juventud. Tal es el caso de artistas que están hoy en la plenitud de su talento como Carlos Fernández, Marcelo Pogolotti, Antonio Gattorno, Hernández Cárdenas, Aristides Fernández (ya fallecido), Romero Arciaga, Roldán Capaz, Enrique Caravia, Domingo Ravenet, inclinados hacia el movimiento renovador de la pintura nuestra.

Tras ellos ha venido la nueva promoción de los más jóvenes, algunos de los cuales no han cumplido aun ^{tréinta} 30 años.

Los artistas citados, junto con los que después han venido a engrosar y renovar las filas de nuestros cultivadores del arte del color, llenan el panorama actual de la pintura cubana, pródiga en talentos y rico en manifestaciones valiosas y variadas.

A tono con la época, el arte ha llevado a nuestros pintores de vanguardia por todos los senderos de la plástica actual movida de un incansable anhelo de autosuperación. Naturalmente, pueden advertirse influencias extrañas en la pintura nuestra, influencias procedentes de Europa y de América y aún de artistas vernáculos, no obstante lo cual son apreciables soluciones y modos personales.

Las múltiples modalidades del Expresionismo tienen en Cuba representantes destacados. La extensa producción de Abela, en sus diversas fases, abarca desde el neorealismo de sentido cubano hasta la generalización abstracta del sincromismo puro; Amelia Peláez se caracteriza por un cubismo cromático y vibrante que rebasa las moldes de sus antecedentes europeos; Mariano Rodríguez y René Portocarrero,

cuya inquietud renovadora y siempre insatisfecho anhelo de autosuperación marcan en cada ~~obra~~ obra un hallazgo, un problema resuelto o un nuevo campo de experimentación, son índice elocuente del fervor que ~~adentra~~ ^{adentra} a los pintores nuestros por todos los senderos del arte, siempre explorados, pero nunca exhaustos.

Por otros caminos van y triunfan otros artistas ~~nuestros~~ cuyos nombres representan, en Cuba, las directrices que hoy cruzan en todos los sentidos los predios de la plástica. El abstraccionismo de Diago Mijares y Servando Cabrera, el sintetismo colorista y jugoso de Cundo Bermúdez, el plasticismo de Mario Carreño, Jorge Arche y Daniel Serra Badué, el surrealismo de Gattorno y González Puig, el puerilismo de Felipe Orlando, el afrismo geometrizable y a la par opulento de Lam y Martínez Pedro, el activismo de Alberto Peña, Romero Arciaga y Roldán Capaz, el criollismo que, con variantes personales de contenido, se manifiesta en Ravenet y María Luisa Ríos, el primitivismo que en Carmelo González es una de las facetas de su producción multiforme y en Rafael Moreno denota una ascendencia rousseauiana, son, en forma esquemática, indicio claro de la pujanza y variedad alcanzada por la pintura actual de Cuba.

En esta sinfonía cromática que es la pintura nuestra se destacan, como voces solistas, personalidades de una individualidad inconfundible, como las ya bien conocidas, dentro y fuera de Cuba, de Fidelio Ponce de León, Carlos Enriquez y Wifredo Lam.

Los nombres mencionados no son únicos. Es extenso el catálogo de nombres de artistas del pincel entre nosotros. Tierra de luz y color tropical hace de la pintura el arte más afín a la sensibilidad artística cubana. Por eso, estos cincuenta años que en el orden político significan la vida de Cuba independiente nos dan, en un balance de sus actividades plásticas, la impresión de un pueblo joven, sensible, vigoroso, plenamente identificado con los nuevos ideales estéticos, cuya vitalidad se manifiesta en una producción nutrida, varia y excepcionalmente interesante.

~~Luis de Soto y Sagarra.~~

~~La Habana, 1952.~~